



Seix Barral

Susanna Tamaro

El viento sopla donde quiere





Seix Barral Biblioteca Formentor

Susanna Tamaro

El viento sopla
donde quiere

Querida Alisha:

Es 26 de diciembre y estoy sentada a la mesa de la cocina.

Podría haberme ido por ejemplo al salón, al calor de la chimenea, pero el fuego es un placer que pide compañía; si te quedas mirándolo a solas corres el riesgo de que te suscite ideas extrañas: los troncos arden igual que arden nuestras vidas devoradas por el tiempo, y también de ellos solo quedan cenizas igual que un día solo quedará ceniza de nuestros cuerpos. Además, la cocina es el lugar de la vida, es donde almorzamos y cenamos en familia, es donde tenemos nuestros rifirrafes, nuestras discusiones, es donde también de vez en cuando estallan por suerte las risas, y ha sido siempre aquí donde hemos tomado las decisiones importantes entre todos.

¿Te acuerdas de cuando, a principios de diciembre, lancé la idea de «Navidad libre para todos»? ¿Te

diste cuenta del minuto de silencio y perplejidad que siguió?

—¿Estás de broma? —preguntó Ginevra.

—No, lo estoy proponiendo en serio.

—Entonces solo hay que invertir los términos —comentaste tú con una sonrisa—: Pascua en familia y Navidad con quien quieras.

—¡Y si te he visto, no me acuerdo! —fue la conclusión de tu hermana.

El único que se quedó con una expresión desolada fue el pequeño Elia.

—Pero un momento... ¿Ni árbol, ni belén ni regalos?

Tuve que tranquilizarlo.

—No te preocupes. Lo haremos todo como está mandado, con los regalos, el árbol, etcétera, y ya luego, el 26, ¡todos libres!

La primera en partir fuiste tú, sin esperarte siquiera al día de Navidad porque esta vez has elegido un destino lejano, mientras que Ginevra se las arregló para que su amiga Diamante la invitara a su casa de Cortina y Elia no puso problemas en pasar las vacaciones con la familia de su amigo del alma. ¿Te acuerdas de la risa que le entró a Ginevra cuando tu padre anunció que iba a hacer un curso para aprender a escalar cascadas de hielo con sus amigos del club alpino?

—¡Pero, papá! ¡Ya estás mayor para esas cosas!

—No existe la vejez del cuerpo si no existe la del espíritu —le respondió sereno tu padre, al que tu hermano no paraba de mirar con los ojos desencajados.

—Es peligroso, papi.

El 25, sin embargo, sí que hemos celebrado como siempre el día de Navidad, con los abuelos, los tíos y los primos llegados de Molise, cargados como todos los años de platos y regalos tradicionales. Se han quedado muy chafados por no haberte visto, y te mandan muchos recuerdos.

La tarde de la Nochebuena cundió momentáneamente el pánico porque no encontrábamos al Niño Jesús. Estaba convencida de que lo había guardado con el resto de las figuritas del belén, pero no estaba en la caja. Las demás, sí: los pastorcillos, las ovejas, las ocas en su estanque, el ángel que se pone en el techado de paja; no faltaba ninguna salvo él, el Niño Jesús. Cuanto más lo buscábamos, más nervioso se ponía Elia.

—Hoy están las tiendas cerradas —no paraba de repetir—. ¡Cerradas, cerradas! ¡Las tiendas están cerradas! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué problema hay? —respondió irascible Ginevra—. Cogemos una nuez, le pintamos unos ojos y

una boca y la metemos en la cuna. Total, es solo una convención, ¿no?

Pero Elia no quiso ni oír hablar del tema.

Al final a tu padre se le ocurrió resolverlo moldeando con plastilina algo parecido a un bebé. Ya me esperaba algún comentario ácido de Ginevra del tipo «¿No estás viendo que parece un cerdito?», por el color rosa chicle de la plastilina, cuando por suerte nuestro fiel Felix hizo aparecer de un rápido zarpazo al pequeño Jesús de debajo del sofá, envuelto en una nube de pelusa en vez de en paja, pero, por suerte, intacto. ¡A lo mejor llevaba allí desde enero pasado! De todas formas, el caso es que, en cuanto encontramos al Niño, la paz volvió a reinar en la casa y a medianoche Elia pudo ponerlo en su cuna como manda la tradición.

Mientras, en la planta de arriba, aguardaban todas las maletas ya preparadas. Al pasar por delante, pensé que en realidad parecía una Navidad celebrada en una estación de trenes: aunque todos estábamos allí, teníamos la cabeza proyectada en los viajes de hoy por la mañana. Ginevra estaba pensando ya en el deslumbrante lujo de los grandes almacenes La Cooperativa de Cortina, Elia en los juegos a los que iba a jugar con su pandilla y tu padre, en los crampones que iba a calzarse en el hielo.

—¿Seguro que quieres quedarte sola? —me preguntó tu padre anoche, ya en la cama.

—¿Te da miedo que me dé un escobazo la bruja de la Nochevieja? —bromeé.

—No, que te pase algo.

—¿Qué va a pasarme? Estoy un poco cansada, eso es todo.

No pareció convencido.

—¿De verdad que no quieres que me quede?

—No, siempre te sienta bien salir al monte, y además sé que con tus amigos eres feliz.

—Pero ¿y tú?

—¿Yo? Tan contenta de quedarme sola unos días...

Esta mañana ha sonado el despertador al amanecer y a las once ya estaba la casa vacía. He ordenado la inevitable estela de caos que han dejado los tres al partir y luego, después de comer unas sobras de la cena navideña, me he ido a descansar al sofá con una mantita calentita sobre las piernas.

Llevamos seis años viviendo en esta casa y, desde entonces, nunca se había dado el caso de pasar yo un día y una noche completamente sola aquí. Sí me había quedado sola siendo más joven, cuando vivíamos en la ciudad y vuestro padre viajaba mucho por trabajo y vosotros todavía ni siquiera estabais en el horizonte. La soledad de un piso, sin embargo, es muy distinta de la que se siente en una casa rodeada de bosque,

donde los ruidos, en su mayoría desconocidos, generan inquietud y los silencios son silencios de verdad.

¿Te acuerdas de tu amiga de Bolonia que iba a quedarse en casa una semana pero que, pasada la primera noche, quiso volver a la ciudad con un pretexto claramente inventado? No sé si ella se dio cuenta, pero yo intuí que se trataba justo de eso: la noche que es realmente noche —sin una farola, sin un cartel luminoso, sin las luces del bloque de enfrente, solo oscuridad, oscuridad y más oscuridad— suscita en nosotros un miedo atávico. Y es que lo cierto es que en la penumbra de nuestro pasado evolutivo acechaban las fieras —los osos, los lobos, los tigres dientes de sable, otros seres humanos armados de garrotes—, y la ausencia de luz hace que ahora resurjan sus fantasmas en nuestras noches.

Hubo una discusión sobre este asunto entre tus hermanos justo el día de antes de Nochebuena, mientras comíamos. Elia estaba preocupado por mí.

—¿De verdad vas a quedarte tú sola en casa? ¿No te da miedo?

—Pero ¿qué dices? Va a estar de todo menos sola —replicó riendo Ginevra—. Los fantasmas le harán buena compañía.

—¿Fantasmas? —Tu hermano la miraba con cara de incredulidad.

—Claro. Todas las casas antiguas están llenas de

fantasmas. ¿Nunca has sentido las cosquillas que te hacen por las noches?

—Yo no. ¿Y de quiénes son fantasmas?

—De todas las personas muertas que vivieron aquí antes que nosotros.

—¿Y son buenos?

—Depende.

Ginevra se quedó mirándolo con una expresión tan sabia como cruel. Llegados a ese punto, tu padre prefirió cambiar de tema. Aunque, a la mañana siguiente, después del desayuno, Elia quiso retomar la cuestión.

—Te equivocas —le dijo el pequeño a Ginevra—: en esta casa no hay fantasmas, hay ángeles. —Para corroborar su tesis, sacó del bolsillo una pluma blanca—. Me la he encontrado esta mañana a los pies de la cama.

—¡Vaya tontería! —lo increpó vuestra hermana—. ¿No ves que es una pluma que se le ha caído del culo a una de las gallinas?

—Si fuera del culo, estaría llena de caca, y esta está limpia. Mírala: se ve que es de un ángel —le rebatió él, blandiéndosela debajo de la nariz—. Es problema tuyo, que no sabes verlo.

Ahora que estoy mirando por la ventana me doy cuenta de que los días han empezado a alargarse. El caqui

que hay al fondo del jardín refulge en el ocaso con el naranja de sus frutos maduros, cuando a esta hora hace diez días ya se lo había tragado la oscuridad. Los cuerpos celestes nos imponen la repetitividad de sus ciclos, pero, desde que vivimos en el caos artificial de las ciudades, ni siquiera nos damos cuenta. Vivimos las veinticuatro horas del día sin percatarnos de que de esa forma cortamos —o nos vemos obligados a cortar— nuestro vínculo más profundo con el cosmos y, sin cuestionarnos ese vínculo, cada vez nos costará más comprender la verdadera raíz del ser humano.

Empieza a mermar la luz de la habitación a mi alrededor, pero no tengo prisa por encender la lámpara. Todavía logro ver en la pared de enfrente el primer cuadro que hiciste en la guardería. No tuve valor para tirarlo en la mudanza.

—¡Pero si es horrible, mamá! —me reprendiste cuando lo colgué—. ¿Por qué no lo has dejado en Parma?

—Porque eres ya toda tú —te respondí, ante lo cual tú, siendo como eres demasiado joven para entenderlo, te limitaste a sacudir la cabeza.

Ayer me llegó al WhatsApp la foto que me mandaste, una en la que salís Luca y tú abrazados con los gorros lapones y un emoticono de un muñeco de nieve. Parecéis realmente felices. Espero que hayáis pasado unas bonitas Navidades en Finlandia.

Ya está, la oscuridad ya ha ganado la partida y las cosas que me rodean han desaparecido, el único punto iluminado que queda es la pantalla del móvil sobre la mesa. Lo he puesto bocabajo y luego me he levantado para ir al cajón donde tenemos todo lo necesario para los frecuentes cortes de luz: el frontal para ir a encerrar a las gallinas en el gallinero en invierno, el farol grande de camping para el centro de mesa, las linternas más pequeñas para las habitaciones y, luego, un buen puñado de velas de toda la vida. He cogido una, la he metido en el abollado candelabro de peltre, la he encendido con un mechero y he vuelto a la mesa.

La luz es débil, pero me basta para escribir. En cuanto he apoyado el bolígrafo en el papel, me he dado cuenta de que todo lo que ha construido nuestra humanidad en el transcurso del tiempo ha nacido justo así, bajo la luz vacilante de una llama. Un corazóncito caliente y, alrededor, la inmensa oscuridad. Una llama débil desafía las tinieblas de la noche, pero, con sus sombras y sus crujidos, la penumbra se impone y en la oscuridad bailan los fantasmas. Todo lo que podría ser y no es, al igual que todo lo que es y podría no ser, aparece y desaparece.

Estoy ya cansada y, aunque me quedan muchas cosas que decirte, por suerte tengo toda una semana por delante.

Esta mañana me he despertado con la casa rodeada de niebla. Las gentes del lugar cuentan que antiguamente no llegaba tan alto, pero desde que construyeron la gran presa, el equilibrio del clima se ha alterado. Sé que el sol está ahí y que será un día magnífico, solo tengo que esperar pacientemente a que dé la cara. Como nací un mes de noviembre en Ferrara, podría decirse que llevo la niebla en el ADN, así como el desconcierto que trae consigo. Pero en casa es distinto, porque te mueves y sabes la distancia que hay entre las cosas; no te ves obligada a dar pasos a tientas... De todas formas, sea como sea, la niebla nos invita a ser cautos, a no tener muchas certidumbres superficiales.

¿Cuándo se resquebrajó tu candor infantil?, ¿cuándo apareció la pregunta que tu padre y yo siempre habíamos temido?

Aquel día también había niebla. Vivíamos en Parma e ibas ya a secundaria. Antes había habido unas cuantas señales, pequeñas, de alarma. Estabas siempre nerviosa, contestabas mal y salías por las tardes sin decirnos adónde ibas. Un día tu padre, preocupado, te siguió y te descubrió en compañía de personas que no le parecieron de fiar. No dudó un instante en cogerte y llevarte con él de vuelta a casa, sin importarle las quejas del grupo. «A mí no me toreas», te dijo él cuando regresasteis a casa, con su voz más

atronadora. Aquella irrupción en tu vida te alteró y te irritó. Fue la primera vez que te vimos enfadada de verdad.

Un día volviste hecha una furia de la escuela y tiraste la mochila al suelo con rabia.

—Bueno, pues como no puedo hacer lo que me da la gana, ¡por lo menos quiero saber quién soy!

—Me parece una idea estupenda —fue el comentario sosegado de tu padre—. Todos queremos saber quiénes somos.

Justo antes de que entraras por la puerta, tu padre y yo habíamos estado hablando sobre dónde pasar las vacaciones de verano. Nos habíamos decidido por la isla de Vulcano porque ninguno de los dos había visto un volcán de cerca. Al sábado siguiente te fuiste con tu padre a la biblioteca y volviste con una pila de libros para llevarte a la playa.

La idea era irnos en junio, en cuanto terminaran las clases. Ginevra llenó una bolsa de cremas solares de todo tipo, puesto que su única intención, tal y como proclamó, era la de tostarse al sol como una lagartija. Tú, en cambio, te cargaste a la espalda el peso nada insignificante de esos tomos de cultura india.

La casa que alquilamos estaba aislada, sumergida en una exuberante vegetación, aunque desde las venta-

nas se veía el volcán. A tu padre y a mí también nos atraían las pozas de barro calientes de la isla, capaces, según se decía, de hacer desaparecer cualquier dolor. Ginevra pronto tuvo claro que ella en ese cieno asqueroso no pensaba meter un pie, mientras que tú parecías muy lejos, indiferente a cualquier plan. Era como si de repente tus ojos se hubieran enfocado en otra dimensión; la luz de tu mirada, que tan brillante había sido siempre, había desaparecido de la noche a la mañana. ¿Volvería?, me preguntaba yo. ¿O quizá sobre aquel velo se posaría otro y luego otro y acabaría llevándote a lugares de donde cada vez sería más difícil alcanzarte?

En cualquier caso, no sé si te acordarás, pero una inesperada borrasca acabó de plano con todos nuestros sueños. Unos vientos del norte se abatieron sobre la isla desde que llegamos, seguidos de unas violentas trombas de agua y un espeso manto de niebla que se tragó la cima del volcán y la volvió invisible.

Afrontamos el primer día con alegría, ya pasará, pensábamos, pero al tercero la depresión ganó la partida. Ginevra estaba de un humor cada vez más funesto: «¡Ya podríais haberme dicho que veníamos a Noruega!».

Hacía mucho frío. Cuando fui con tu padre a la oficina de turismo para informarnos sobre el tiempo, nos recibieron encogiéndose de hombros en un gesto

compungido. ¡Niebla y catorce grados en junio! ¡Era la primera vez que pasaba! Nos rogaron que no divulgáramos la noticia: «Como se sepa que en Vulcano hace la misma temperatura que en Suecia, nos quedamos sin temporada alta».

Los únicos que no parecíais especialmente afectados erais tu padre y tú. Mi querido Davide salía todas las mañanas y andaba todo el día como si estuviera de vacaciones en los Dolomitas, en vez de en una isla del sur del Tirreno, mientras que tú, envuelta en las toallas de playa como una tuareg para protegerte del frío, te pasabas el día en la cocina leyendo tus libros. Ginevra se quedaba encerrada en su cuarto, metida en la cama, hablando con sus amigas por el móvil y lamentándose de la desgracia que le había tocado.

Tú leías a veces en silencio, a veces en voz alta, y los pasajes que te resultaban incomprensibles —casi todos— los repetías varias veces con la esperanza de que, a base de martilleártelos en los oídos, revelaran su sentido tarde o temprano.

Te dejó muy impresionada el término sánscrito *sandhya* y quisiste leerme el pasaje en el que se explicaba:

Sandhya alude al estado intermedio entre este mundo y el otro, el estado del sueño, el encuentro entre las luces de la mañana y las de la noche.

—Si lo piensas, en el fondo no difiere mucho de nuestra expresión italiana «*tra il lusco e il brusco*» —te comenté, a lo que levantaste la cabeza del libro, sonriendo: esa expresión siempre te había gustado.

—Es graciosa. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Que hay cosas que desaparecen y otras que aparecen, como cuando, al anochecer, en la cocina, espero demasiado a encender la luz.

Volviste a enfrascarte en tu libro, con los puños en las sienes, mientras seguías leyendo en voz alta:

No se trata solamente del resultado de dos momentos del tiempo —el de la luz y el de la oscuridad—, sino de todas las parejas de opuestos que constituyen la realidad única y cósmica: hombre y mujer, viejo y joven, sol y luna, día y noche, bien y mal, Dios y criatura, luces y tinieblas.

—Esto se entiende un poco mejor, ¿no? —comentaste.

—Sí, así me parece más claro.

—¿Sigo?

—Sigue.

Sandhya alude a la salida del sol, cuando todo puede aún llegar a ser, o a la puesta, cuando todo ya ha ocurrido, y al igual que en el amanecer el ser hu-

mano puede estar lleno de esperanza por aquello que acometerá, del mismo modo al anochecer no puede hacer otra cosa que rezar por que el tiempo y el espacio de la acción acaben. *Sandhya* es como una esfera capaz de abrazar nuestra vida, nuestro destino y la existencia de todo el universo.

Ginevra irrumpió en ese momento en la cocina.

—¿Qué pasa aquí?, ¿en esta casa ya no se come? —Luego, al verte cerrar el libro, te preguntó—: ¿Ya estás haciendo las tareas de las vacaciones? —Tras un instante de vacilación, asentiste—. Si hubiera sabido que iba a hacer este tiempo tan asqueroso, yo también me habría traído los libros y así me habría quitado de encima el muerto, en vez de arrastrarlo hasta principios de septiembre.

Dado que la mentira no formaba parte de tu carácter, ese pequeño embuste me hizo reflexionar. La pícara insolencia de tu hermana te impidió hablar de esa búsqueda tuya de la identidad, y de todo lo que ese nuevo deseo tuyo estaba desvelando.

Hasta la mañana siguiente, al despertar, no entendí que ese embuste inocente era el velo de pudor con el que protegías la lucecita incipiente de tu vida interior. Ginevra no tenía ni la edad ni el temperamento apropiados para comprender los matices de lo invisible. Si te hubieras sincerado con ella, tu hermana

habría ridiculizado todas tus palabras y, en el umbral del *sandhya*, eso era lo que más temías.

Qué gran misterio se esconde en esto. Hay niños que parecen nacer conscientes de la existencia de un umbral secreto del que provienen, mientras que a otros ni siquiera les pasa por la cabeza la sospecha de que haya otra cosa distinta de la materia sólida que nos sale al paso.

El caso es que tú no quisiste compartir tu mundo interior con Ginevra. ¿Se podría decir «y viceversa»? ¿De verdad quieres tú entrar en su mundo o, cuando lo intentas, lo haces más bien llevada por la cortesía y cierto pudor? No te apasiona realmente nada de su ropa, de sus gustos, de sus amigos, pero, por no hierla —y que no te hieran—, siempre finges un gran interés, por mucho que ese fingimiento sea más bien fruto de la delicadeza que de la falsedad.

Aquella estancia en la isla de Vulcano, aunque poco afortunada para nosotros, fue para ti un tránsito fundamental. Igual que la semilla que, pese a estar sepultada por la tierra, siempre sabe en qué dirección germinar en su búsqueda de la luz, así tú, ahondando en la casi inasible complejidad de los Vedas, volviste a acercarte a esa raíz que en ti siempre había estado viva y a la que, hasta la fecha, no habías sabido dar nombre.

Quizá esa diversidad de semillas es la riqueza del mundo. Hay quienes enseguida saben con claridad que han sido llamados a crecer en direcciones opuestas —la de la Tierra y la del Cielo, la de las raíces y la del tallo—, mientras que otros parecen carecer de ese impulso, como si les faltara en su organismo un equivalente espiritual de la auxina, la hormona del crecimiento, y, en consecuencia, transitaran su existencia en la oscuridad del subsuelo, sin subir o bajar nunca, sin nunca generar vida, convencidos de que esa oscura uniformidad representa la totalidad del mundo.

Por supuesto, el día antes de nuestra partida de la isla, el sol volvió en todo su esplendor.

—Estaría bien poder rebobinar la vida —comentó vuestro padre—. ¡Le das a un botón y todo vuelve atrás en el tiempo!

Tú parecías melancólica, posiblemente disgustada por tener que dejar ese lugar en el que habías empezado a descubrir parte de tu identidad, mientras que Ginevra no veía la hora de volver a su tranquilizadora realidad social. El sustento vital de tu hermana siempre ha sido la compañía, y en eso desde luego no ha salido a mí. Aunque mis raíces son muy distintas de las tuyas, creo que yo también de algún modo intuí desde pequeña la presencia del *sandhya* y con el tiem-

po esa conciencia me fue llevando a una sensación de desasosiego perenne: lo que para los demás era perfecto, cuando no además envidiable, para mí no lo era; experimentaba inquietud, temor, en la mayoría de las situaciones y era incapaz de ponerle nombre a dicha sensación.

Aún conservo en el corazón una imagen de aquellas accidentadas vacaciones. Estábamos en el ferry de vuelta y tu padre y yo nos habíamos refugiado de los implacables rayos del sol en el interior mientras Ginevra y tú os habíais quedado fuera, apoyadas en la barandilla y con el pelo azotado por el viento. Hablabais animadamente y a menudo rompíais en risas. Estabais hermosas y radiantes como casi siempre lo están las muchachas al inicio de su vida.

Mientras os observaba, sentí por un instante una serenidad imprevista descendiendo sobre mi corazón. Los cuchiños, las rencillas, los caprichos y los mohínes que desde siempre habían marcado vuestra relación quizá un día desaparecieran; tal vez cuando crecierais descubriríais por fin la belleza y la importancia de quererse.

Fue justamente ese año cuando le di la única bofetada que le he dado a Ginevra en mi vida. Jamás me había creído capaz de semejante gesto. Recuerdo

perfectamente su mirada atónita, el desconcierto y el muro de silencio que, en el acto, se erigió entre nosotras. No sé si tu hermana te habrá contado alguna vez ese episodio, yo desde luego no he tenido nunca el valor.

¿Por qué lo hice? Porque las palabras que salieron de su boca inesperadamente no distaron mucho de ser flechas descargadas por un arquero muy hábil: veloces, cortantes, capaces de romper en pedazos el corazón. Lo ocurrido previamente poco importaba. Con lo que se había quedado, como a menudo le sucedía, era con que tú habías recibido algo más o mejor que ella.

—¡Es culpa tuya que esté hasta en la sopa! ¡Tú y tu manía de salvarlo todo! ¿De verdad tenías que traértela a vivir a casa?

Existen algunos parásitos que penetran en el cuerpo humano a través de la piel y van trabajando largo tiempo, en silencio, dentro del anfitrión; cuando por fin dan la cara, la devastación está ya en un estadio avanzado. De ahí que siga teniendo esa flecha envenenada clavada en el corazón, por mucho que el músculo haya seguido haciendo su trabajo con una regularidad conmovedora.

Parecía todo normal, pero ya nada lo era.

Durante la Segunda Guerra Mundial una campesina, la tía de un viejo amigo mío, recibió una bala

perdida y vivió toda la vida con el proyectil en el cuerpo. Cuando, años después, un médico se la descubrió, este fue lo suficientemente sabio para entender que era mejor dejarla donde estaba. El organismo ya había aceptado perfectamente aquel trocito de metal; enfrentarse a una operación para extirpárselo habría supuesto poner en peligro el equilibrio logrado. Así fue como, tranquilamente, la mujer se la llevó consigo a la tumba. «¿Le dolía?», le pregunté a mi amigo. «Es muy probable —me dijo—, pero en esa época no se le daba mucha importancia al dolor.»

Por lo demás, ¿no nacen también las perlas por la presencia de un cuerpo extraño, que acaba transformándose en una minúscula esfera de luz? ¿Y no nacen del mismo mecanismo gran parte de las enfermedades que nos golpean cada vez con más saña? Hay algo que nos hiere, pero preferimos apartar la mirada. Como la herida ni sangra ni se infecta, rápidamente la olvidamos y seguimos con nuestra vida como si tal cosa, pero a una herida con el tiempo se le va sumando otra y luego otra; hasta que el cuerpo, en su infinita sabiduría, grita «basta», y entonces nos asustamos, pero llegados a ese punto, ya es difícil desenredar lo que lleva tanto tiempo anudado en nuestro interior. ¿Dónde está el hilo por el que se saca el ovillo? Ya estás presa de un enredo caótico y cada vez te queda menos tiempo para desenredarlo.

No creo que haya seres humanos que se salven de este proceso, la única diferencia está en si uno es consciente de ello o no. Sin duda, siempre se pueden atribuir los defectos propios a los demás, pero solo poniendo el foco sobre nosotros mismos podemos localizar el instante preciso en que entró en nuestros órganos el grano que ha encasquillado el mecanismo.

De ahí que, para volver a ese barco, tenga que remontarme a 1976, cuando yo tenía dieciocho años, aunque antes de adentrarme en mi oscuridad debo invocar el *Shivasankalpa*.

¿Te acuerdas todavía de ese término? Lo descubriste justo en tu semana del hinduismo en Vulcano. A las tres de la tarde previa a nuestra partida, el cielo empezó a abrirse y, como espadas luminosas, los rayos del sol se insinuaron tras los gruesos nubarrones negros y acabaron por echarlos. Al anochecer estábamos en el jardincito de la casa, mientras en el tejado una solitaria golondrina cantaba con toda su potencia; te hizo gracia cuando te dije que era la misma de la poesía de Leopardi que habías tenido que estudiar-te de memoria en la escuela intermedia.

—Creía que era marrón —comentaste mirándola.

—Sí, ya, y que solo habitan en Recanati.

Me sonreíste.

Cuando hubo desaparecido la grisura opaca de la lluvia, el oro de las retamas volvió a brillar en el pai-

saje que nos rodeaba, así como el rosa de las buganvillas en flor que trepaban por todas las casas, mientras la colmada floritura de los hibiscos alegraba nuestro jardín, envuelto por el runrún de los himenópteros que podían volver a nutrirse de su polen y su néctar. Por fin la silueta del volcán se recortaba ante nosotros en toda su inquietante majestuosidad, iluminado por el sol que estaba poniéndose y del que el mar ya había engullido la mitad.

—*Sandhya* —susurré dejando que el silencio abrazara la emoción del momento.

Un grillo se puso a cantar entonces.

—Qué bonito está todo ahora: la luz, las flores, el mar. La belleza nos hace felices, ¿no, mamá? —preguntaste.

—Sí, muy felices.

Era la primera vez desde que llegamos que conseguíamos cenar en el jardín. A nuestro alrededor sonaba una auténtica sinfonía de insectos nocturnos, superada puntualmente por el ruido de algún ciclomotor. No había habido tensiones, Elia había descubierto la presencia de salamanquesas y seguía fascinado por sus rápidos movimientos para capturar a las incautas polillas que revoloteaban alrededor de las fuentes de luz.

Después de cenar, mientras lavaba los platos, apareciste en la cocina con tu libro de los Vedas, señalando una página con el dedo.